

Rescate del libro: *Geopolítica del hambre: ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo*

Ramiro Joaquín Salazar Burgos¹

**Escuela Universitaria de Enfermería, Facultad de Medicina,
Universidad Nacional de Tucumán (UNT).**

**Instituto de Investigaciones Territoriales y Tecnológicas para la
Producción del Hábitat (INTEPH, CONICET-UNT)**

Rescate del libro

de Castro, J. (2019). *Geopolítica del hambre: ensayo sobre los problemas de la alimentación y la población del mundo*. EDUNLa, pp.: 422 (Obra original publicada en 1951).

Material original autorizado para su primera publicación en el Journal de Ciencias Sociales, Revista Académica de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Palermo.



Resumen: Este rescate aborda una obra tan novedosa como necesaria para la época de su publicación, que al día de la fecha conserva notable vigencia. El autor elabora un complejo análisis desde múltiples dimensiones, escalas y periodos temporales para desatar la trama que envuelve al problema del hambre desde tiempos históricos y a nivel global. Esta obra representa un aporte de valor incalculable para la comprensión de la compleja trama histórica, geográfica, económica, política, social y cultural que atraviesa la producción y distribución de alimentos a nivel mundial y en sus distintas escalas, y consecuentemente del estado nutricional de sus poblaciones.

¹ Lic. en Nutrición y Dr. en Ciencias Sociales. Docente investigador, Profesor Adjunto a cargo de la Cátedra de Nutrición y Dietoterapia en la Escuela Universitaria de Enfermería, Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Tucumán. Becario postdoctoral en el Instituto de Investigaciones Territoriales y Tecnológicas para la Producción del Hábitat, CONICET-UNT. Correo electrónico: rsalazarburgos@gmail.com

El libro de Josué de Castro, sin dudas interpela profundamente a cualquier lector. Esta obra representa un aporte de valor incalculable para la comprensión de la compleja trama histórica, geográfica, económica, política, social y cultural que atraviesa la producción y distribución de alimentos a nivel mundial y en sus distintas escalas, y consecuentemente del estado nutricional de sus poblaciones. El texto está estructurado en tres partes: El fenómeno universal del hambre, Los matices del hambre y Un mundo sin hambre.

La primera aborda el problema del hambre desde una mirada global y desde una dimensión biológica, en términos de instintos o necesidades básicas del ser humano y las consecuencias de su no satisfacción. A su vez, señala un ocultamiento de la problemática a lo largo de la historia que obedece a aspectos psicológicos y culturales que lo tornaron un tabú. No obstante, esto terminó privilegiando a un grupo minoritario que ostentaba el poder y el control sobre la disponibilidad y el acceso a los alimentos. Desde el comienzo de su relato plantea una tesis que sostendrá a lo largo del texto, en sus diferentes dimensiones de análisis: la mayor parte de la población padece hambre; sin embargo, existe capacidad productiva para alimentar a toda la humanidad y, por lo tanto, se trata de un problema de distribución, que se origina en los sistemas políticos, económicos y agrícolas que sostienen las desigualdades en las sociedades.

Luego se adentra en la comprensión de la función que tienen las proteínas, las vitaminas y los minerales para la adecuada salud de los seres humanos y, por lo tanto, que el conocimiento de sus fuentes alimentarias constituye una herramienta central en la lucha contra el hambre y la desnutrición. Asimismo, desarrolla la relación entre las condiciones de vida de los grupos humanos y las carencias nutricionales, como el riesgo de déficit de vitamina D que sufren los habitantes de países fríos, de minerales en general de las poblaciones que consumen alimentos cultivados en suelos erosionados y la falta de sodio que afectaba y agotaba a los colonizadores en sus expediciones por zonas tropicales. De igual manera expone, como se manifestaron, a través de la historia, las dietas inadecuadas en diferentes enfermedades carenciales, como el escorbuto, el beriberi y la pelagra por déficits de vitaminas C, tiamina y niacina, respectivamente, situaciones que a su vez permitieron una comprensión del proceso de la nutrición humana, y consecuentemente la necesidad de la diversificación de la dieta para una adecuada salud.

El autor sostiene que el hambre tiene una dimensión física, mental y social, y relata cómo a lo largo de la historia algunos tamaños corporales fueron atribuidos a factores raciales, como en los chinos y japoneses, cuando en realidad tenían un origen carencial. Asimismo, señala comportamientos vinculados a las dimensiones físicas y sociales, al mencionar que, durante etapas de hambrunas, se registraron mermas en el deseo sexual y

aumento de comportamientos antisociales e inmorales tales como el bandolerismo y la prostitución.

En la segunda parte del libro, de Castro ahonda en las implicaciones geopolíticas del hambre. Destaca cómo los conflictos, las guerras y las dinámicas de poder a nivel mundial influyen en la inseguridad alimentaria. Examina casos históricos y contemporáneos de conflictos geopolíticos que han exacerbado el hambre y la desnutrición, ilustrando cómo los intereses políticos y económicos a menudo prevalecen sobre las necesidades básicas de las poblaciones afectadas. Para ello, el autor elabora un análisis de las múltiples dimensiones y complejidades que atraviesan el problema del hambre, profundizando en los factores geopolíticos, sociales y económicos que contribuyen a su persistencia, y de la desnutrición, así como de la escasez de alimentos, buscando proporcionar una comprensión del problema a escala de los continentes americano, asiático, africano y europeo.

En el caso de América, el autor hace una primera gran diferenciación mencionando que Latinoamérica es la región más afectada con elevados niveles de hambre, principalmente de tipo crónico, aunque paradójicamente presenta la mayor abundancia en cuanto a riquezas y recursos naturales. A su vez, estas carencias son utilizadas para explicar el limitado desarrollo económico y productivo de sus trabajadores, planteando un análisis quizá, excesivamente determinista o simplificador de los procesos socioculturales que afectan a estas poblaciones. En relación a América del Sur menciona factores vinculados a la pobreza y la desigualdad económica que impactan en su alimentación, permitiendo cubrir las calorías diarias, pero no los nutrientes, lo que se manifiesta a través de la desnutrición oculta. Aquí aparecen nuevamente miradas deterministas, al mencionar la existencia de diferencias biológicas de los indios y los negros locales que le permitieron mayor adaptación y resistencia para realizar trabajos intensos, respecto a los colonos. En cuanto a América Central, argumenta que la escasez y monotonía de alimentos, al igual que las carencias nutricionales estructurales, poseen raíces históricas, culturales y agrícolas, desde las culturas precolombinas que limitaban su alimentación en torno al maíz. En este contexto, las Antillas fueron las más perjudicadas en cuanto a pobreza y desnutrición, principalmente en áreas rurales. Historicamente, fueron prósperas, pero el proceso de colonización modificó la estructura social y productiva, fundamentalmente hacia el monocultivo de caña de azúcar, lo que ha repercutido en sus patrones alimentarios y ha fomentado la monotonía alimentaria y carencias de nutrientes. En este contexto, hace especial mención al caso de Puerto Rico como proyecto de EE.UU. para modernizar principalmente la industria azucarera, cuyo resultado terminó en detrimento de la producción de alimentos para consumo interno, elevados niveles de hambre, desnutrición y destrucción de la trama social y productiva.

En cuanto al continente asiático en general y China en particular, señala que presenta una larga historia de hambre y dependencia de la agricultura y que los pobres tienen una dieta carente de nutrientes, cuyo origen responde a un conjunto de factores como elevado número de habitantes, limitaciones geográficas para criar animales y prácticas religiosas como el budismo, que promueven el vegetarianismo. Por otra parte, desarrolla la hipótesis del hambre, principalmente de proteínas, como promotor de la superpoblación a través del aumento de la fertilidad, argumentando a través del caso de China. Además, vincula a la fertilidad en función de la capacidad productiva con la mano de obra familiar, y como práctica cultural, con el propósito de los hijos que están destinados a hacerse cargo de los padres en la vejez. También señala que las potencias imperialistas promovieron esta estructura social y económica ya que se han beneficiado de ella.

En el caso de la India, indica que mostraba prosperidad hasta la colonización británica, donde se estableció un régimen mercantilista medieval que empobreció la población y empeoró la malnutrición. Sin embargo, menciona rasgos culturales como la prohibición de comer ganado que también influyó en los niveles de carencias nutricionales. En contraste, menciona a Japón como un caso exitoso de transición desde un sistema feudal hacia un capitalismo con prácticas de producción occidentales y apertura del comercio. No obstante, su trayectoria estuvo marcada por decisiones drásticas en torno a políticas bélicas e infanticidios, mostrando un alto nivel de agresividad que el autor relaciona con las severas hambrunas que transitó este pueblo.

Respecto a África, señala que el continente muestra una historia milenaria en torno al hambre, de magnitud sólo equiparable con Asia. Lo atribuye a una combinación de factores naturales que incluyen el clima y la geografía, así como aspectos culturales vinculados explotación colonial sufrida, con un enfoque mercantilista, caracterizada por saqueos y comercio de esclavos. Si bien su ubicación geográfica y su riqueza en recursos naturales le ha otorgado un valor estratégico geopolítico, la conjugación de estos factores han contribuido al subdesarrollo y a la persistencia de problemas severos de malnutrición, como el kwashiorkor, un tipo de desnutrición caracterizada por el déficit severo de proteínas en la dieta.

En el continente europeo, con una importante división política entre el occidente capitalista y el oriente soviético, ha evidenciado gran heterogeneidad en cuanto a sus intereses y realidades económicas. Ha mostrado contrastes y divisiones, con distintos mundos culturales que han dejado huella en su compleja vida económica y social. Desde severas hambrunas en la edad media, por los latifundios y el feudalismo, hasta la aparición de nuevas rutas comerciales y de alimentos en el siglo XVI y la Revolución Francesa en siglo XVIII, la historia europea estuvo marcada por el hambre. La situación mejoró, pero, sin

embargo, continuó siendo un problema en regiones con feudalismos agrarios hasta la revolución industrial donde el hambre decreció significativamente. No obstante, con la Segunda Guerra Mundial, Europa se transformó en un gran campo de concentración nazi. Este enfoque formaba parte de un plan geopolítico del hambre, cuyo objetivo era controlar y manipular la disponibilidad de alimentos como una poderosa arma de guerra. Con la caída del nazismo, el continente se encontraba en una situación castrófica. Se estableció la FAO con el objetivo de promover el abastecimiento y la distribución equitativa de alimentos. Por supuesto persistieron las tensiones geopolíticas. Recién en 1949 con la reforma monetaria y la estabilización de la inflación, la situación de Europa mejoró radicalmente, terminándose de consolidar con la caída de la Unión Soviética a fines del siglo XX.

La reconstrucción de Europa y el establecimiento de una base sólida para la seguridad alimentaria requirieron esfuerzos a largo plazo, como la modernización de la agricultura, la inversión en infraestructura, la promoción del comercio regional y la cooperación entre los países.

Finalmente, en la tercera parte del libro, con una mirada más conciliadora el autor argumenta por qué debemos y podemos acabar con el hambre mundial, volviendo sobre su principal tesis que establece el origen del problema en la desigualdad económica. Porque además no se trata de un mero acto humanitario, sino de un hecho necesario para continuar con el crecimiento, que requiere incluir a los dos tercios de la población global que se encuentran al margen de la sociedad. Asimismo, señala que las tecnologías son la llave para cerrar las brechas y tener un impacto significativo en la lucha contra el hambre y la desnutrición. Entre las posibilidades para aumentar la producción de alimentos, menciona las hidroponía, la incorporación de cinturones tropicales y subpolares como tierras cultivables, y uso de hormonas, insecticidas y la genética, así como la identificación de nuevas especies de alto valor nutritivo. No obstante, menciona que este paso requiere de decisión política y financiamiento. Lograr una distribución equitativa de alimentos necesita de un enfoque global y de soluciones políticas y económicas. Por ello, insta a las comunidades a superar las barreras comerciales y nacionalistas, y construir instituciones económicas y políticas comprometidas con la eliminación del hambre y la pobreza en el mundo.

Al respecto, los colonialismos políticos o económicos representan a las poblaciones más pobres y con más hambre. En muchos casos producen para otros y no pueden desarrollarse, incluso cubrir sus necesidades básicas. Requieren condiciones justas de producción, comercialización y desarrollo que les permita agregar valor. Es necesario abordar el problema del hambre desde una perspectiva humanista y global. Reducir las desigualdades económicas y promover la cooperación universal. Superar la explotación económica y colonial.

Es conocido que todo texto representa un recorte de la realidad bajo la perspectiva, opinión y sentir del autor. En este caso, una mirada publicada en el año 1951 que, con sus matices y limitaciones, muestra una vigencia extraordinaria en nuestra actualidad latinoamericana.